

Todo lo dicho confirma la necesidad de que en el año próximo vengan al Congreso hombres escogidos por su probidad, patriotismo i cordura; hombres que se penetren bien de las necesidades de su patria, que las estudien i atiendan al clamor de sus comitentes dando leyes conformes a la opinion i a las costumbres, i echando a un lado las utopias i las exageraciones. Si esto no sucede, no son culpa del Congreso, sino de los ciudadanos que eligen sus diputados, los males que resulten en adelante reagrandando los actuales.

Por tanto, que cada ciudadano se persuada del deber que tiene en conciencia de sufragar en las proximas elecciones por hombres que den aquellas garantías: que cada uno contribuya a uniformar la opinion en favor de buenos candidatos; que trabaje activamente en cuanto lo permita el círculo de sus relaciones, porque resulten electos; i que si despues de todos estos esfuerzos, nada se lograre todavía, no que le por lo ménos el cruel recordamiento que tendrán los que, por no haber atendido mejor a los intereses de su patria en las elecciones, el Congreso no ha satisfecho a las necesidades públicas.

Nuestro deber en las elecciones.

«El que no es conmigo, contra mí es.»—MAT. C. XII. V. 30.

Quisiéramos no hablar de partidos: esta denominacion es un tanto odiosa: ella envuelve ideas que concitan animosidades; despierta sentimientos que debieran desaparecer de entre nosotros. Pero se hace preciso ocurrir a esta denominacion cuando se escribe para todos; porque no todos comprenden a un escritor cuando sus ideas son enteramente abstractas. En este caso se hace preciso darles cuerpo relacionándolas con el hombre i entonces hai que nombrar los partidos.

Nosotros sabemos que los partidos, anteriores al 17 de abril, han sufrido algunos cambios i modificaciones. El que se llamaba *liberal*, sobre todo, ha sufrido no pocas peripecias, i principalmente defecciones, mientras que, el conservador, que apenas ha sufrido algunas pequeñas alteraciones para levantarse mas vigoroso, se encuentra engrosado con los que, desengañados por el curso de los acontecimientos, se le han unido, i presenta la prueba mas convincente de que en sus principios, se habla la verdad i la razon.

La República ha quedado dividida en dos grandes bandos, uno que quiere el orden i la libertad; pero la libertad racional, no la libertad licenciosa i desenfrenada. El otro quiere la libertad de esta manera, es decir sin freno ni regla. Estas dos divisiones son palpables; ellas existen, i esto es lo que se llama partidos.

He aquí, pues, la diferencia entre estos dos bandos. Uno i otro proclaman la libertad; pero no la quieren del mismo modo ni por el mismo camino. Hai quien quiera la libertad sin lei, sin trabas ni restricciones. Esta es la libertad de los bosques, la libertad selvática. Esta es la libertad que se apetece i se busca para la sociedad; pero este es el sueño de un delirante que en la fiebre tiene herida la imaginacion con aquello que apetece, lo ve, lo siente, habla de ello, pero todo es ilusion; i quien está en su juicio se compadece de ello. No obstante, por esta utopia se disputa, se combate i se pone todo en movimiento; la sociedad padece i por fin quedará exánime. Se ha creído que los hombres pueden vivir como los brutos. Uno de los Representantes por cuya desercion de la Cámara, quedó sin concluir la lei que derogaba la de matrimonio civil, dijo al salir, que en lo que tocaba a la Religion en esta materia, él no tenia que saber mas sino que

Dios habia dicho «*creced i multiplicaos.*» Con semejante teología pronto nos disputaremos a porrazos las frutas de los árboles i las mujeres. ¡Ah elecciones! ¡Ah hombres que miran con tanto abandono este asunto! Esto es lo que se llama ir *adelante!* pero en la via del embrutecimiento.

Estamos pues, entre dos partidos, aunque no los queramos ver: uno que quiere la libertad salvaje i otro que quiere la libertad social, la libertad del ser racional, del ser que no solo vive de sensaciones, sino del espíritu; del ser que no vive solo de pan, sino de la palabra divina.

Estos dos partidos son los que vienen a concretarse en el Congreso: allí está su espíritu i su accion: allí se hacen sentir sobre la sociedad, i el que tenga mayoría será el dueño de ella; será el que le dá la lei; el que la amolda a sus principios. Esto es espantoso cuando se reflexiona seriamente sobre las tendencias de los utopistas *gólgotas*.

Por fortuna el partido de los conservadores del orden i la libertad social es mayor que el de aquellos; en él se encuentran las masas, i por lo tanto es el partido nacional, porque en la República las mayorías representan la nacionalidad. Pero como las masas no son ilustradas, están siempre expuestas al extravío; como ya lo hemos experimentado; i los que las extravían obran con suma actividad, i convierten lo bueno en malo, i de un buen elemento resulta una composicion pésima. ¿Cuál será, pues, el deber de los hombres de juicio i honradez que quieren la libertad i el orden segun las condiciones de una sana política?—He aquí la pregunta que todos, los que eso queremos, nos debemos hacer. La respuesta la da a cada uno la conciencia.

Todo el que conoce un mal i puede contribuir a evitarlo está obligado en conciencia a hacer lo que estuviere de su parte para evitarlo; i esta obligacion es tanto mas grande, cuanto mayor sea el mal que amenaza. ¿I podrá darse mayor mal que el que se hace por medio de leyes? ¿Podrá darse mayor mal que el que lleguen al poder de hacer leyes los hombres que desprecian la lei de Dios, las leyes naturales, i que desconocen i combaten los principios sociales que hasta ahora han sido respetados en todas las naciones antiguas i modernas?

Pero hai personas buenas que no quieren tomar parte en nada, porque dicen que el país está perdido; que no tiene remedio. Nosotros suponemos que esto lo dicen de buena fé, no querriamos hablar que esto sea un pretesto plausible para su egoismo.

Diremos, pues, que los destinos de las naciones están en manos de Dios i que muchas veces Dios permite que lleguen hasta el borde del abismo i de allí las retira. Pero para esto es preciso que los buenos pongan de su parte los medios convenientes, no porque Dios necesite de ellos para aquel fin, sino porque quiere, i es su designio, que en todas las operaciones humanas se sigan las reglas i leyes naturales que ha establecido en el mundo; i muchas veces de este mismo estado de cosas difíciles i malas, se saca un bien mayor, pues de los esfuerzos que hacemos en estos casos para contrariar el mal, suelen resultar bienes inmensos que no resultarían sino hubiéramos trabajado, i así, no solamente resultan los bienes directos que esperábamos, sino que resultan bienes colaterales, con que no contábamos. La lei del trabajo es lei impuesta por Dios al hombre en todas las cosas, i si para alimentarse necesita del sudor de su frente, para todos los demas bienes lo necesita igualmente. Si Dios no quisiera que los esfuerzos del hombre entrasen en parte de sus obras, aca en la tierra, el mundo sería

Bogotá Trini P (157) 12 Junio 1857

1047

30

una máquina sin inteligencia; no habría inteligencia, porque sería inútil; pero la inteligencia la sentimos en nosotros mismos, i no la inteligencia de crecer i multiplicarse arrastrándose por el suelo, sino la inteligencia que se levanta del suelo, traspasa los espacios, mide las distancias i dimensiones de los cuerpos celestes, i pasando aun mas allá, reconoce al Supremo Criador de tantas maravillas.

Los que desesperan del estado de la sociedad al contemplar su malestar presente, parece que no creen que Dios entienda en el Gobierno del Universo, i esto equivale a no creer que hai Dios. O es que piensan que todo ha de depender de nuestra ciencia i habilidad, i cuando ven que esta ciencia i habilidad se han agotado, dicen; ya no hai que hacer mas; no hai remedio. No, no hai que desconfiar; tengamos siempre presente que Dios quiere que trabajemos; que trabajando cumplimos su voluntad, i que, cumpliendo su voluntad, no puede abandonarnos a nuestras solas fuerzas. Está en el orden de su misericordia i es un dogma de fé.

Jesucristo vino al mundo a enseñarnos con su doctrina i con su ejemplo, i Jesucristo nos ha enseñado con su ejemplo a pesar de los medios naturales en las operaciones de la vida: Jesucristo era Dios i, como Dios, árbitro de la naturaleza. A su voz los vientos i la mar obedecen i los muertos resucitan. A un ciego le dice vé, i vió en el acto; a otro le unge los ojos con lodo para que vea; es decir que le aplica un remedio. ¿I necesitaba el Señor de aplicar un remedio? No; pero quiso darnos ejemplo para que no todo lo esperemos de una manera sobre natural. Tampoco necesitaba de barcos para atravesar el lago de Jenesaret i el mar de Tiberiades, puesto que en una ocasion se fué andando sobre las aguas hasta alcanzar la nave en que iban sus discípulos; i con todo, Jesucristo se embarcaba siempre que tenia que navegar para alguna parte. ¿No es esto enseñarnos que es preciso usar de los medios naturales en todas las operaciones de la vida?

A las personas que dicen que no se mezclan en los negocios de interes público porque lo creen todo perdido, les preguntaremos que si cuando han tenido en peligro de muerte a una persona querida, han discursado del mismo modo. Creemos que jamas la habrán abandonado diciendo, no tiene remedio; creemos mas; creemos (porque esto es lo que sucede) que aun cuando los médicos hayan declarado la enfermedad sin remedio, siempre habrán seguido haciéndole aplicaciones al enfermo, i quizá con mas empeño e interes. ¿I cuántas veces un enfermo desahucado i en el último extremo, ha venido a ponerse bueno con el remedio que menos se pensaba? ¿I estamos seguros de que esto mismo no pueda suceder a la sociedad? . . . Ah! dígame que hai mucho egoismo i no se diga que ya no tenemos remedio. Dígame que hai indiferentismo, porque se piensa que con eso se ha de salir bien en el último caso; pero no hai que engañarse; cuando la sociedad se suma en el abismo de la anarquía, o caiga en manos del despotismo, todos tendrán que sufrir, i a nadie le valdrá decir: *en nada me he metido*. Ya solo ha visto esto.

Otros hai que quieren que todo lo haga Dios i piensan que con solo oraciones se ha de conseguir el remedio de nuestros males. Estos siempre dicen, no ha de ser mas que lo que Dios quiera. Se engañan. No ha de ser mas que lo que Dios quiera; pero Dios quiere que pongamos los medios. Nada quiere Dios mas que nuestra salvación, i con todo, nos ha mandado trabajar por ella; i San Agustín dice: «el que te hizo sin tí, no te salvará sin tí.»

Dios puede obrar por sí nuestro bien; puede re-

mediar nuestros males i muchas veces los remedia milagrosamente sin nuestra cooperacion; pero esto toca ya al orden de los milagros; i es de lei natural, que nosotros cooperemos como si todo dependiera de nuestros esfuerzos. Si siempre hubiéramos de esperar que Dios nos favoreciera con milagros, las leyes establecidas por él para el gobierno del mundo serian inútiles.

Estas son verdades que nos enseña la Religión, i bien comprendidas parece que no deben dejar lugar a esa apatía i vana confianza en unos, i desconfianza en otros. Tanto los unos como los otros, se abstraen de los negocios de interes público i principalmente en la eleccion de aquellos hombres que van a darnos leyes i a gobernarnos. Los que a pesar de esto se empeñan en no hacer nada bajo pretexto que ningún remedio alcanza o de que Dios lo ha de hacer todo por sí solo, estan en error, o son de falsa conciencia. «*Petit i recipitis*» nos dice el que sabe de qué necesitamos; Se dirá por esto que hasta pedirle por el remedio de los males del pais sin hacer nada por nuestra parte.—*Buscad i hallaréis*. He aquí la segunda parte del oráculo divino. Buscar es trabajar, es obrar, i cuando esto se ha dicho despues de decir: *petit i recipitis*, es porque no basta pedir cuando estamos en el caso de obrar.

Sabemos que el mal social viene de las malas leyes; sabemos que las malas leyes vienen de los malos legisladores; sabemos que los malos legisladores vienen de la mayoría de los malos en las elecciones, i sabemos que los malos obtienen mayoría porque los buenos no votan. Luego todos los buenos, es decir, los hombres que no quieran leyes malas, están en el deber de conciencia de votar para contrapesar la mayoría de los malos; i mucho mas cuando se sabe ciertamente que en un pais como el nuestro, en que la mayoría es buena, si todos votaran jamas prevalecería una mayoría mala i se evitarían las malas leyes; i evitadas las malas leyes, se evitaría el mal social.

Sabemos que muchas veces un solo voto decide de la eleccion entre un sujeto bueno i uno malo. ¿I quién está seguro de que no sea su voto el que va a hacer falta para que sea elegido ese bueno en lugar del malo? ¿Quién sabe si por la falta de ese voto es que va al Congreso ese hombre malo, i que por ese hombre malo es que se expide una lei mala, i tan mala como la de matrimonio civil o la de redencion de censos? ¿Quién sabe si por falta de ese voto es que han sido electos esos hombres que destierran a los Prelados de la Iglesia i los hacen morir en un destierro, como al Sr. Arzobispo Mosquera? ¿Qué responsabilidad tan grande delante de Dios la de esos hombres por cuya indiferencia i apatía han sido electos los hombres que han causado tan graves males! Puede ser que esto no se haya reflexionado lo bastante hasta ahora; pero ahora que llamamos la atencion pública con tal objeto, ninguna disculpa tendrán los que se hagan indiferentes i sean causa de los males.

A las personas que tienen fe, que tienen conciencia, es que nos dirigimos principalmente, exhortándolas a que pongan todo lo que esté de su parte a fin de que, en estas elecciones i las siguientes, vengán al Congreso i demas puestos públicos, hombres de conciencia, de juicio i de experiencia. Pero no basta que todos voten: es preciso votar uniformemente por unos mismos en todas las localidades eleccionarias, porque es sabido, que en dividiéndose en candidatos, las elecciones se pierden. Es preciso dar de mano a las simpatías o antipatías, i aun cuando a uno le parezca tal sujeto mejor que otro, debe votar por ese otro si es el designado por los que hayan de arreglar las elecciones del partido del

orden; i no se crea que la conciencia se salva con decir: «a mí me parece éste mejor, i voto segun mi conciencia.» No; esto no vale porque la misma conciencia le dice, que ese individuo por quien vota, porque le parece mejor que aquel en que se hayan convenido los demas, no saldrá electo; el voto es perdido i de consiguiente dado a los contrarios. Esto lo sabe el que se separa de los demas en una eleccion, i por de contado, vota con conciencia de que su voto es perdido i entónces la conciencia no se salva. No por esto decimos, que si llegara el caso de presentarse un hombre notoriamente malo se le diera el voto. Pero este caso no puede llegar fácilmente. Cuando mas sucederá que se designe a uno que no sea tan bueno como otro, i entónces se debe estar por él, porque vale mas no conseguir lo mejor que tener que recibir lo peor.

Protonotario Apostólico.

El Doctor Manuel José Anaya ha obtenido este título de la Delegacion Apostólica, como consta en la parte oficial de este número, i por ello felicitamos cordialmente a aquel benemérito eclesiástico cuya ortodoxia se puso a prueba en los días de persecucion que sufrió la Iglesia en la Nueva Granada, habiendo contribuido en mucha parte, con sus consejos i servicios, a la conducta firme i ejemplar que observó en aquella época difícil, el Illmo. Señor Serrano, Obispo de Santamarta, i gobernado despues la misma Diócesis como Vicario Capitular. Era, pues, muy justo que se le concediese un título que, aunque no apareja jurisdiccion alguna, ni exencion de la del Ordinario, lleva consigo la honra de pertenecer el que lo obtiene como miembro honorario, a un Colegio que, teniendo por fin el que sus miembros principales autorizan los áctos pontificios, es por lo mismo la Congregacion prelatia mas distinguida en Roma, i a la cual pertenece, entre otros varios eclesiásticos de diferentes Diócesis de la catolicidad, el célebre Abate Gaume tan conocido por sus importantes escritos. El vestido morado, la boria encarnada, el oratorio privado i algunas otras gracias personales, son concesiones de que gozaron los miembros de aquel Colegio, i de que disfrutará el Doctor Anaya en testimonio de su felicidad i servicios como eclesiástico, fidelidad, i servicios que continuará ejerciendo al lado del nuevo i digno Prelado de la Iglesia de Santamarta a que pertenece el Protonotario como Prebendado de aquella Catedral.

A la memoria de un hombre justo.

Et literasti me de perditione, et eripuisti me de tempore iniquo.
ECLÉS. C. LI. v. 16.

El día 5 de este mes ha muerto en esta capital el caballero ingles Sr. Tomas J. Stevens a la edad de 45 años, despues de una penosísima enfermedad causada por unos tumores cerosos que se le producian en la espalda i que cuantas veces aparecian era preciso extraerlos por medio de dolorosas operaciones. Despues de haber sufrido por espacio de año i medio nueve operaciones de esta especie, le apareció un tumor tan crecido en pocos días, que la operacion se dificultó i fué preciso dejarla sin concluir. El tumor le creció tanto, brotándose de la piel, que no podia estar en la cama sino solo de un lado sufriendo las mayores penas i dolores. Desde entónces el Sr. Stevens fué un mártir i su salud siguió deteriorándose mas i mas con las dificultades que padecía para alimentarse i dormir.

El Sr. Stevens natural de Londres, habia nacido i se habia educado en el protestantismo i luego fué convertido al catolicismo. Convertido por conviccion i de corazon. Por conviccion, porque era hombre ilustrado i de talento, reuniéndose a esto un juicio recto i bien sentido; i convertido de corazon, porque era hombre de costumbres irreprochables, lleno de bondad. El Sr. Stevens era limpio

de corazon; i los limpios de corazon verán a Dios, ha dicho la verdad eterna.

Por algunos ingleses respetables amigos suyos, es, que hemos sabido que el Sr. Stevens era de lo mejor de su país. Sin esto nada habriamos sabido de la alta calidad de este hombre modesto que jamás se ocupaba de sí mismo. Todos los ingleses i norte-americanos notables que se hallan en Bogotá eran sus amigos; amigos que lo respetaban i lo querian afectuosamente. Bien lo han manifestado. Sus cuidados lo han rodeado en el lecho del dolor i sus lágrimas lo han acompañado hasta la sepultura!

Como hombre de sociedad el señor Stevens era apreciable i bondadoso realzado por las maneras mas finas i corteses, sin afectacion. Su jéno siempre franco e igual le atraía las simpatias de todos los que tenian la fortuna de tratarlo. Sus varios i sólidos conocimientos, tanto en ciencias como en bellas artes, hacian su trato interesante i agradable. Poseía el idioma latino, el frances, el italiano i el español i conocia el griego. Era excelente naturalista, i muy hábil en las matemáticas sublimes, i pertenecia a un cuerpo científico de Londres con el cual mantenía correspondencia como miembro encargado por él, de los trabajos entomológicos en estos países. I por los anales científicos de esa corporacion se ve escrito con honor el nombre del Sr. Stevens en la relación de los preciosos objetos con que enriquecía diariamente la coleccion de insectos de aquel museo. Hacia cinco años que se hallaba en la Nueva Granada, i con todo, muy pocas personas le conocieron, porque su jéno, abstraído, siempre en las tareas científicas que le obligaban a hacer excursiones por diversos pueblos, i otras veces la ocupacion de enseñar a varias personas que concurrían a su casa para aprender idiomas o matemáticas, lo interdecian a la sociedad bulliciosa que se ocupa de los hombres. Ultimamente se habia dedicado, por instancias de algunos padres de familia que conocian su merito, a enseñar a algunos jóvenes que concurrían a la casa de su habitacion. Entre estos se hallaban los hijos de Caro cuya educacion se le habia confiado enteramente hacia poco mas de un año. Pero ¡ah! los hijos de Caro habian de quedar huérfanos por segunda vez. Bendigamos la mano del que así prueba a sus criaturas.

Como católico el Sr. Stevens era ejemplar. A la instruccion religiosa que tenia, juntaba la piedad mas pura, pues que no se contentaba con el cumplimiento de los deberes que la Religion impone, sino que, observaba todas aquellas prácticas devotas que el catolicismo consagra i aconseja a los que quieren adelantar en el camino de la virtud cristiana. Frecuentaba el sacramento de la penitencia; i cada vez que tenia que sufrir una de esas operaciones peligrosas, consiguientes a su enfermedad, se confesaba i comulgaba preparándose como si hubiese de morir.

Suspiraba por su país, pero la Religion Católica, lo detenía en el nuestro. El Sr. Stevens habia seguido a Jesucristo en espíritu i en verdad, i tenia, muy presentes estas palabras del Evangelio. «El que pone la mano en el arado i vuelve a mirar atras, no es apto para el reino de los Cielos.» El Sr. Stevens edificaba a las personas que le observaban de cerca; i los que visitaban su habitacion encontraban en ella unidas la piedad del católico con la ciencia del filósofo, cosa que no pueden comprender los espíritus superficiales de nuestro tiempo. Los objetos de historia natural, los instrumentos de física i los libros científicos estaban al lado de los libros místicos; i las imágenes del Salvador i de la Virgen se veian respetuosamente colocadas en los lugares preferentes.

Despues de sufrir tres meses de cama de tormento con la resignacion i paciencia que solo la Religion Católica puede enseñar sobre toda filosofía, viendo venir la muerte a pasos largos, dió sus últimas disposiciones i ya no pensó mas que en entregar su espíritu en manos del Criador. El Sr. prebendado Dr. Bernardo de la Motta lo habia asistido espiritualmente desde que los facultativos Dr. Dudley i Chayne declararon el mal sin remedio, i el mártir por la mañana le encomendó el alma; i a peticion del mismo Sr. Stevens le rezó en latin el credo, la salve i el miserere.

Despues de esto llegó a su cama un norte-americano, íntimo amigo suyo, quien le abrazó con ternura. Entónces el Sr. Stevens le dijo que era su verdadero amigo i que en recompensa del afecto de que le era deudor, no querria darle otra cosa sino el lugar que él iba a ocupar en aquel momento. Tal era la esperanza que tenia en los méritos de Jesucristo, aunque de sí mismo desconfiaba tanto, que